La reacción totalitaria contra la modernidad

Luciano Pellicani

El proceso de modernización, entendido como la transición de la sociedad cerrada a la abierta, es un fenómeno traumático, explicable por el descubrimiento de nuevas formas de pensar, sentir y actuar, que choca contra esquemas fuertemente arraigados, heredados de generación en generación. Luciano Pellicani, en el siguiente estudio [1], emprende un lúcido análisis del tema, al tiempo que explica cómo todas las revoluciones del siglo XX han sido, en el fondo, guerras contra la modernidad.

* * *

EL ASUNTO QUE PRETENDO TRATAR EN ESTE ENSAYO es el de la relación entre modernidad y totalitarismo. Mi tesis central es que el totalitarismo constituye una reacción global —psicológica, moral, política, económica, etc.— contra la modernidad. Se trata de un fenómeno reactivo: su matriz es el trauma existencial provocado por el avance disgregador del mercado en los tejidos de la sociedad tradicional y su fin es la restauración de la comunidad orgánica precapitalista. Por eso el totalitarismo es reaccionario y regresivo al mismo tiempo, cualquiera que sea la fórmula ideológica; intenta hacer tabla rasa del orden existente para recrear a viva fuerza los vínculos comunitarios disueltos por el proceso de modernización. De ello se infiere que, para descifrar correctamente el significado histórico-cultural de las revoluciones totalitarias, es necesario partir del análisis de la transición de la sociedad cerrada a la sociedad abierta. En otras palabras, sólo se puede entender la lógica de desarrollo de la revolución permanente —la definición es de Marx— en la civilización moderna.

Para adentrarnos en nuestro asunto, el primer paso que hemos de dar es el determinar los rasgos constitutivos de la modernidad. Por razones de espacio, me veo obligado aquí a actuar a través de una serie de afirmaciones sintéticas, cuyo contenido analítico he explicitado en otros trabajos. Entiendo por modernización el proceso de destrucción creadora que quiebra las estructuras de la sociedad cerrada y engendra la particular formación social que Popper ha bautizado con acierto como "sociedad abierta". (Naturalmente, las expresiones "sociedad cerrada" y "sociedad abierta" indican dos tipos ideales inhallables en la realidad histórica en estado puro). La sociedad cerrada es una sociedad que tiene escasas relaciones con el mundo exterior

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

o relaciones puramente polémicas; es una sociedad en la que actúa acríticamente la tradición, que disfruta de una total vigencia normativa; es una sociedad sagrada, en el sentido de que sus instituciones, sus normas y sus valores están ungidos de sacralidad y, como tales, sustraídos a la crítica; es una sociedad colectivista, en la que se deja poco espacio a la iniciativa individual y a la libertad de opción; en fin, es una sociedad no económica, en el sentido de que los procesos productivos no están regulados por las leyes de la oferta y la demanda, sino por principios extra-económicos (morales, políticos y religiosos). Comparada con la sociedad cerrada, la sociedad abierta se caracteriza por un intercambio continuado con el mundo exterior, por la preponderancia del accionar colectivo sobre la acción normativa, por un vigoroso alejamiento de lo sagrado y, en definitiva, por la institucionalización del cambio y del conflicto. Ello convierte a la sociedad abierta en una sociedad altamente creativa, en permanente agitación, en incesante búsqueda de lo nuevo y proyectada hacia formas de vida (individuales y colectivas) no experimentadas nunca antes.

El papel del mercado

LA TRANSICION DE LA SOCIEDAD CERRADA (la Ciudad de Dios) a la sociedad abierta (la Ciudad Terrena) —que en esto consiste la modernización— es un fenómeno anormal, por lo excepcional. Esa transición por causas endógenas sólo se ha producido dos veces en la historia universal: a partir del siglo VII a. de C. en Grecia —con excepción de Esparta, perfecta realización de la sociedad cerrada, hostil al individualismo, al cambio y a la razón, absorta por entero en el culto de sí misma— y, a partir del siglo XV d. C. en Europa. En los dos casos, la extraordinaria aventura histórica de la modernización se inició —y, desde luego, no por casualidad— con la expansión de las relaciones mercantiles.

Esto induce a pensar que el mercado es la institución motriz de la transición, que sólo puede desencadenar a condición de que el poder político no tenga el control total de los recursos económicos y de que el sector privado disponga de una esfera de acción en la que pueda producir y comerciar libremente. En realidad, los principales fenómenos estructurales y culturales típicos de la transición de la sociedad cerrada a la sociedad abierta están relacionados con el mercado.

Mercado quiere decir, ante todo, enriquecimiento, crecimiento progresivo del flujo de bienes materiales y, por consiguiente, de las necesidades. La vida material se complica, se altera profundamente el sistema de alternativas y la sociedad se vuelve cada vez más exigente. Mercado quiere decir también sacudida permanente de las estructuras sociales y, en particular, redistribución de la riqueza, del poder y del prestigio. Además, mercado quiere decir que los hombres se ven asaltados por un flujo constante y regulado de novedades que los aleja del modo de vida tradicional, modo de vida recibido de sus antepasados y considerado sagrado y natural. Esto abre un foso entre las generaciones. Se ve amenazada la continuidad cultural, es decir, el mantenimiento del modelo, según la terminología de Parsons. La sociedad se transforma en una especie de arena en la que se desarrolla una confrontación y, también, un choque, entre los Viejo y lo Nuevo, lo Sagrado y lo Mundano.

El fenómeno no acaba aquí. La expansión de las relaciones mercantiles significa que la sociedad en transición se expone al influjo de las otras sociedades, al contagio cultural. El descubrimiento de que existen modos de pensar, de sentir y de actuar diferentes de los heredados de pasadas generaciones tiene como consecuencia la expulsión de la "conciencia encantada". A partir de este momento, la tradición empieza a verse —en un principio, obviamente, el fenómeno afecta a grupos restringidos, para extenderse después como una mancha de aceite— con ojos críticos y aparece como un conglomerado de mitos, de supersticiones y de intereses de clase disfrazados de intereses generales. La tradición pierde su sacralidad y, por tanto, su ascendiente normativo. Nace la razón y del mismo modo la pretensión de utilizarla públicamente, sometiendo a su tribunal todo lo que ha sido transmistido. El resultado no puede ser otro que la progresiva deslegitimación del orden existente y, con ello, la erosión del *consensus* sobre el que se apoya el derecho de mando de las clases dominantes. Así la transición, comenzada como un proceso puramente económico —es decir, como paso de la economía cerrada a la economía abierta— se convierte en un proceso cultural global que trastrueca todas las esferas de la vida social, lo que determina que entre en la escena histórica un nuevo e inesperado protagonista: el espíritu revolucionario. En la sociedad cerrada impera la conciencia acrítica, ya que el individuo no tiene la posibilidad de escapar de la ideología dominante. La irrupción de la modernidad, primero bajo la forma de riqueza material y después bajo la forma de riqueza cultural, resquebraja con sus ácidos corrosivos la sacralidad del "eterno ayer" y predispone al individuo a examinar la tradición con ojos críticos y a objetar su validez. Individualismo, racionalismo, antitradicionalismo, descreimiento y revolucionarismo son fenómenos estrechamente relacionados entre sí, manifestaciones de un único proceso histórico: el desencanto del mundo producido por la "apertura" de la sociedad y por el dinamismo de la economía de mercado.

Duelo entre legitimidades

PODEMOS SINTETIZAR ASI EL PROCESO DE REACCIONES en cadena activado por el paso de la economía natural a la economía de mercado: alteración de la jerarquía social y del sistema de expectativas; exposición al contagio cultural; desencanto del mundo; deslegitimación de la tradición religiosa y, por consiguiente, del régimen político, y exasperación de los conflictos de clase que han dejado de estar frenados por un sistema de valores comunes. Se crea una situación de interregno o, por emplear el léxico de los sansimo-

1 / Publicado en la revista Leviatán, edición No. 33, otoño de 1988, que edita la Fundación Pablo Iglesias de España. Más adelante ofrecemos un ensayo en este mismo sentido, donde se analiza el caso concreto del Perú, nación cuyas características ejemplifica perfectamente esta teoría del rechazo a la modernidad.

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

nianos, una "época crítica". El viejo mundo agoniza, pero el nuevo no se ha consolidado todavía plenamente. Empieza lo que Guglielmo Ferrero ha denominado la guerra entre los Genios invisibles de la Ciudad, en otras palabras, el duelo existencial entre la legitimidad tradicional y la nueva legitimidad. Ese duelo adquiere proporciones macroscópicas cuando el desarrollo económico genera un ciclo de rápidas transformaciones estructurales conocido bajo el nombre de movilización social. Ingentes masas de hombres se ven desplazadas de su *habitat* cultural y sumergidas en un nuevo sistema de relaciones —el sistema de la concurrencia capitalista—, en el que se encuentran en una situación de anonimia. Se forma así un vasto y tumultuoso "proletariado interior" (en el sentido de Toynbee) constituido por masas de individuos que ya no tiene ningún vínculo de solidaridad con su comunidad de origen: están *en* la sociedad, pero no forman parte *de* la sociedad y por eso mismo están dominados por un doloroso sentido de exclusión.

Para entender plenamente la naturaleza del proceso de "proletarización" y sus consecuencias, hay que tener presente el específico *modus operandi* del mercado autorregulado. Max Weber ha observado que todas las relaciones sociales son éticamente disciplinables excepto las relaciones de mercado. En efecto, el mercado es una institución amoral: prescinde de cualquier consideración que no sea rigurosamente económica. Sólo conoce la ley de la oferta y la demanda. De ahí que tienda a fagocitar los vínculos comunitarios y a sustituirlos por vínculos meramente utilitarios. O, lo que es lo mismo, el mercado transforma la *Gemeinchaft* en una *Gessellschaft* en cuanto que destruye las conexiones afectivo-morales que mantienen unidas a las partes del cuerpo social. Por esto precisamente Karl Polanyi ha descrito el triunfo del mercado autorregulado como una "catástrofe cultural", es decir, un proceso de atomización y de mercadización de los hombres.

Colectivismo e individualismo

ASÍ LAS COSAS, SE COMPRENDE CON FACILIDAD por qué se abrió —durante el siglo XIX— una fractura intelectual y moral en el seno de la sociedad europea (un verdadero "cisma en el alma colectiva"), entre las clases integradas y las víctimas de la catástrofe cultural provocada por la expansión de las relaciones mercantiles, expansión que la industrialización hizo arrolladora. Las masas "proletarizadas" reaccionaron contra el sistema que parecía constitutivamente incapaz de proporcionarles un mínimo de solidaridad y que les condenaba a sufrir las injurias de las recurrentes crisis económicas sin tutela de ningún género. Se formaron dos naciones (empleando la célebre imagen de Disraeli), ajenas entre sí, y una auténtica guerra civil más o menos latente envenenó las relaciones entre las clases. Una de las manifestaciones más espectaculares del resentimiento colectivo de los "parias de la modernidad" fue el socialismo revolucionario. Este nació como reacción del proletariado interior de la sociedad capitalista a la crisis de civilización producida por la gran transformación industrial y fue, en buena medida, un intento desesperado de parar la marcha disgregadora del mercado autorregulado, y orientado a la reintroducción en la vida social de los principios de solidaridad y de justicia que el desenfreno del individualismo posesivo estaba liquidando. Es posible, por tanto, interpretar el duelo existencial entre el socialismo y el capitalismo como una "guerra cultural" entre los principios de la *Gemeinschaft* (la comunidad orgánica basada en una fuerte e intensa identificación afectiva y moral) y los principios de la *Gesellschaft* (la sociedad de mercado basada en el individualismo competitivo). Y cabe afirmar, además, que, paradójicamente, en el mismo momento en que el capitalismo crea las estructuras que hacen posible la victoria de la cultura iluminista, crea también las condiciones de la revitalización de la visión catastrófico-apocalíptica de la historia y de la expectación mesiánica del Reino final. Dicho de otra manera, el proceso de secularización, que ha aplastado el horizonte a través del desencanto del mundo, ha impulsado a las víctimas de la catástrofe cultural a volver a proponer una visión inmanentista de la antigua esperanza escatológica, convirtiendo la revolución en una especie de catástrofe salvadora, un Apocalipsis prometeico más allá del cual los *true believers* han vislumbrado lo que el joven Engels llamó el "milenario Reino de la libertad".

Por lo tanto, sociedad individualista, competitiva, desacralizada, en una palabra, liberal; o bien, sociedad colectivista, fuertemente cohesionada, basada en una nueva religión sin trascendencia —la religión gnóstica del hombre-Dios—, en definitiva, totalitaria: tales fueron los términos esenciales de la alternativa que el perturbador proceso de modernización creó en el corazón de la civilización europea durante el último siglo.

La guerra cultural entre liberalismo y socialismo, o si se prefiere entre iluminismo y mesianismo, se ha concluido con un armisticio, provisional, como todos los armisticios, que ha llevado a la institucionalización del "compromiso socialdemócrata". El mercado ha sido socializado parcialmente: ha dejado de operar de manera exclusiva según su lógica interna y ha sido sometido a instancias ético-políticas extrañas a él, lo que ha posibilitado la inclusión del "proletariado interior" de la Ciudad terrena mediante la redistribución autoritaria de las *chances* de vida y la ampliación del perímetro burgués del Estado liberal. De este modo, se ha dado una respuesta positiva a la anonimia y a la alienación sin caer en el camino totalitario, en la medida que el movimiento socialista se ha detenido prudentemente ante el *limen* que separa la sociedad abierta de la sociedad cerrada: el mercado. Si el mercado se hubiese venido abajo, la autonomía de la sociedad civil frente al Estado hubiera sido eliminada y con ella las libertades (individuales y de grupo) y la lógica pluralista-competitiva. Lo que nos obliga a concluir que el socialismo —y, en particular, el socialismo marxista— está atravesado de parte a parte por una vocación totalitaria, vocación que se ha visto frenada por lo que Marx llamaba la "infección burguesa": el liberalismo ha contagiado a la cultura política del movimiento obrero y esto ha posibilitado —como ya he dicho— el compromiso socialdemócrata entre Estado y mercado, entre *Geminschaft y Gellschaft*, entre colectivismo e individualismo.

En el momento mismo en que las llagas de la transición industrial de la sociedad cerrada a la sociedad abierta se iban cicatrizando en el cuerpo de la sociedad europea, la civilización industrial, en virtud de su extraordi-

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

naria potencia expansiva, se extiende más allá de sus confines geográficos e implica en su formidable dinamismo a las otras culturas, colonizándolas y transformándolas en satélites de su existencia histórica. Semejante proceso de colonización no ha tenido sólo un carácter político, económico y militar; ha tenido también, y sobre todo, un carácter cultural. Todo el sistema de las sociedades primitivas y tradicionales de Africa y de Asia ha estado sometido a las radiaciones halógenas de la civilización occidental. Se ha puesto en marcha un gigantesco proceso de aculturización forzada. Un tropel de innovaciones (ideas, valores, técnicas, instituciones, etc.) ha penetrado, de forma caótica y brutal, en las culturas foráneas, conmocionándolas desde sus cimientos y rompiendo su frágil equilibrio interno. El choque entre lo que Ortega y Gasset denominó la "modernidad invasora" y las sociedades agredidas fue tan ruinoso para éstas últimas que podemos hablar sin duda de catástrofe cultural inducida. Los pueblos africanos y asiáticos se han encontrado de golpe en la necesidad de afrontar un desafío histórico de proporciones inmensas: adaptarse a la formidable potencia modernizadora del Occidente industrializado, produciendo en sí mismas los anticuerpos, llamémosles así, para escapar a su humillante hegemonía.

Al contacto con la irresistible potencia de la modernidad, el primer impulso de los pueblos africanos y asiáticos fue el de oponer una obstinada y ansiosa resistencia a la intrusión del otro. Resistencia desesperada y vana. Occidente, arrolladas y rotas sus frágiles barreras psicológicas e institucionales, los obligó a medirse con una realidad totalmente nueva. Comenzó el proceso de *clochardización* de los pueblos del Tercer Mundo, que en el plazo de pocos decenios se vieron despojados de su identidad cultural y transformados en el "proletariado exterior" de la civilización capitalista. El sistema de relaciones internacionales quedó subvertido desde sus raíces: Occidente se convirtió en el Centro Dominador y las otras culturas —con la única excepción de la cultura japonesa, que se escapó de la presa del imperialismo por medio de la modernización defensiva y la autocolonización— quedaron degradadas al rango de colonias o hipocolonias, condenadas por esto mismo a vivir bajo una luz refleja.

europeos salgan de la humillante condición de parias de la sociedad burguesa, gracias al espectacular crecimiento de los recursos materiales y a las instituciones de reintegración y de tutela que crearon los modernos tribunos de la plebe: los partidos socialistas y los sindicatos. Por el contrario, en los países del Tercer Mundo los costos humanos de la intrusión del mercado autorregulado en los tejidos vitales de las comunidades tradicionales se amplificaron por la heterogeneidad cultural existente entre los agresores y los agredidos. La explotación de la mano de obra por los invasores fue más o menos intensa de acuerdo con las circunstancias históricas específicas, pero siempre fue atroz, desde el momento en que no existía un mínimo de solidaridad nacional entre las clases dominantes y las clases subalternas que, en Europa, en cierta medida, había atenuado los efectos brutales del proceso. En los países colonizados no podía haber, entre los explotadores y los explotados, y ello por razones obvias, ninguna forma de identificación afectiva ni de comunicación moral, con excepción de la inspirada en la tutela paternalista, alimentada a menudo por la hipocresía. El "fardel del hombre blanco" fue la fórmula retórica con la que los occidentales enmascararon durante generaciones la degradación humana de los pueblos colonizados, considerados naturalmente inferiores y, por tanto, necesitados de una disciplina extrema.

El resultado global de todo esto fue que el imperialismo cultural occidental no sólo causó estragos entre las instituciones, los usos y los valores que fue encontrando en su camino, sino que desenraizó a los hombres, privándoles del *habitat* ancestral y condenándoles a vivir en un mundo progresivamente transformado en una realidad extraño o incluso hostil. En suma, al agredir a las culturas situadas al margen de su área de desarrollo endógeno, el capitalismo ha desarraigado a millones de individuos, transformándolos en una masa alienada y, por ende, desafectada y resentida con relación al Nuevo Orden. Estos millones de individuos, esparcidos en todas las áreas culturales donde Occidente irrumpió como intruso y agente de disgregación, constituyen el proletariado exterior de la civilización moderna, ligados a su impulso histórico, pero excluidos, sin embargo, de sus beneficios. Cabe afirmar, por lo tanto,

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org

típica, o al menos la más espectacular e influyente, fue sin duda la revolución bolchevique. Definida erróneamente como una modernización efectuada por medio del Estado antes que por el mercado, la revolución bolchevique fue esencialmente un gigantesco y despiadado movimiento de rechazo de la cultura occidental y, como tal, la primera "reacción asiática" contra la modernidad. El hecho de que la revolución bolchevique haya realizado la industrialización forzada de la economía rusa no debe inducir a engaño. Conviene distinguir entre modernización e industrialización, aunque la primera sólo pueda universalizarse a través de la segunda. La industrialización es un fenómeno puramente económico y puede —como lo demuestra la experiencia— realizarse apoyada en estructuras políticas y culturales autoritarias. La modernización, por el contrario, indica el proceso histórico mediante el cual el sistema de vida de la Ciudad terrena se afirma. Esto último implica una cultura global, con sus valores, sus modelos de comportamiento y sus instituciones. Entre las cuales tienen un papel central la libertad-autonomía y la libertad-participación, así como la autonomía de la sociedad civil frente al Estado, el pluralismo político-cultural y la lógica competitiva. Todos estos rasgos culturales no sólo faltan en el sistema soviético, sino que han sido intencionada y programáticamente rechazados como expresiones del *ethos* individualista que el marxismo-leninismo aborrece y combate. De hecho, la revolución bolchevique invierte literalmente el modelo de la Ciudad terrena, expeliendo la "especulación" de los mercaderes y la "especulación" de los filósofos, al tiempo que eleva el Estado-Partido a la categoría de "divinidad" —la definición es de Gramsci. A la sociedad adquisitiva —individualista, competitiva, escéptica y, por tanto, tolerante— opone una especie de "convento militarizado", o lo que es lo mismo, un modelo de sociedad colectivista, aconflictual y lealista, centrado en la institucionalización de una filosofía (obligatoria) de estado —una auténtica Gnosis que se considera "el resuelto enigma de la historia" (Marx) y que, precisamente por esto no puede tolerar ninguna forma de disentimiento. El poder temporal y el poder espiritual han sido reunificados de tal manera que ha nacido una nueva forma de césaro-papismo, dirigido por una "burocracia carismática". El cierre "científico" de la sociedad se completa con la sustitución casi total del mercado por el plan único de producción y de distribución y con la eliminación consiguiente de la acción electiva y de cualquier forma de exposición a las radiaciones culturales exteriores. La "fortaleza asediada" de Lenin es algo más que una expresión metafórica; es la definición formal de la esencia del proyecto fundamental de la revolución comunista: detener la agresión cultural occidental sometiendo a la sociedad a una lógica marcial y, al mismo tiempo, teocrática.

Así, pues, cabe concluir diciendo que la modernización ha provocado una verdadera guerra cultural entre etapas del proceso civilizador, que se repelen recíprocamente.

Instituto de Ciencia Política – www.icpcolombia .org